

Algar  COLECCIÓN
CALCETÍN

La Ilíada

Homero

Adaptación
de Jesús
Cortés



Cuenta la leyenda que tres diosas del Olimpo, Hera, Atenea y Afrodita, se enfrentaron con el propósito de decidir cuál de ellas era la más bella. Por tal motivo, Zeus, el omnipotente, escogió a Paris, hijo del rey de Troya, para que tomase tal decisión. Paris eligió a Afrodita, y la diosa, agradecida, prometió que le entregaría a la mujer más bella del mundo.

Así, en un viaje a Grecia y con la ayuda de Afrodita, Paris sedujo a Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta, llevándosela consigo a Troya. Ultrajado en su honor, Menelao solicitó a su hermano Agamenón, jefe de todos los ejércitos de Grecia, que encabezase una guerra contra los troyanos con el fin de rescatar a su esposa.

Y así fue como comenzó el famoso asedio de Troya, dando paso a una guerra que se prolongaría durante años sin que ni griegos ni troyanos vislumbrasen su final.

I

El sacerdote de Apolo

Ascendía hacia el Olimpo la divina Aurora de dedos rosados anunciando un nuevo día cuando, tras detener en una colina la carreta que conducía, el anciano Crises pudo ver por fin los muros inexpugnables de la ciudad de Troya. El anciano, sacerdote del dios Apolo, había recorrido un largo camino con el propósito de recuperar un botín de guerra: su hija Criseida, cautiva del ejército griego desde que este cruzó los mares desde la Argólida con el objetivo de conquistar Troya y restablecer el honor de Menelao, rey de Esparta, cuya esposa se hallaba en poder de los troyanos. El sacerdote de Apolo quedó admirado cuando, con las primeras luces del día, contempló la magnificencia de la expedición griega que ocupaba la costa. Más de mil naves ancladas en el mar

se perdían de vista por el horizonte. Frente a sus proas, en tierra firme, los campamentos militares comenzaban a despertarse y a prepararse para entablar nuevos combates contra los troyanos. Muy cerca, en la gran llanura que entre cerros y colinas separaba los muros de Troya del asentamiento invasor, el sacerdote pudo ver también lo que, sin duda, se había convertido en el campo de batalla de los dos ejércitos. Allí, dividida en la lejanía por el impetuoso río Escamandro, la llanura mostraba el espectáculo aterrador de las luchas más encarnizadas. Escudos, espadas, lanzas, carros de combate destrozados, grebas y lorigas ennegrecidas de sangre.

Horrorizado ante aquella visión de lucha y muerte, el sacerdote retomó el camino hacia la costa con la mirada puesta en las innumerables tiendas tras las que, muy cerca, rompían las olas espumosas del mar. En alguna de ellas, pensó, debía de hallarse, cautiva, su hija.

Mientras tanto, en los campamentos griegos, los soldados, arrastrando cansancio y abatimiento, se preparaban para un nuevo día de batalla. Limpiaban las armas, comprobaban la dureza de los escudos, sujetaban los caballos a los carros... En su tienda magnífica, Agamenón, caudillo de la expedición, caminaba de un lado a otro, pensativo y preocupado por el desánimo de las tropas. Entre estas corría el rumor de que nunca conseguirían conquistar Troya, y muchos soldados, además, rezaban deseosos de volver a su patria.

De manera inesperada Menelao entró en la tienda. El estado de desasosiego de su hermano no le pasó desapercibido.

—Poderoso Agamenón —le dijo—, te encuentro solo e inquieto mientras la divina Aurora anuncia el retorno a las armas.

Agamenón le replicó:

—Eso es exactamente lo que me preocupa, una nueva batalla. Y también esta guerra que, tras años de lucha, no nos lleva a ninguna parte. Los hombres lo saben. Y tú y yo somos los responsables.

—Eso no es cierto, hermano mío —respondió Menelao con indignación—. El responsable es el hijo de Príamo, Paris. Él secuestró a Helena, mi esposa. Él ultrajó mi honor.

El caudillo suspiró.

—Y con el fin de restablecer tu honor me pediste que dirigiese esta expedición contra Troya. Pero ¿qué hemos conseguido en realidad? Mientras navegábamos hacia Troya asolamos costas, pueblos enteros, y las naves están repletas de botines y bellas esclavas. Sin embargo, el objetivo de la expedición no se ha cumplido. Helena sigue en poder de Troya. Y Troya resiste.

—Sus ejércitos y aliados son poderosos.

Agamenón hizo un gesto de asentimiento.

—Es cierto —admitió—, pero en ocasiones pienso que no es esta la causa de tantos años de lucha.

—¿A qué te refieres?

—A nada en concreto, pero tengo la sensación de que los verdaderos responsables de esta guerra sin sentido son los mismos dioses. Ellos, que en sus palacios divinos juegan con nosotros como si fuésemos marionetas.

Fuera de la tienda, un inesperado alboroto interrumpió la conversación entre hermanos. Ambos salieron. Muy cerca, grupos de soldados se acercaban a la carreta del anciano Crises. El anciano llevaba puesta una corona de laurel en la cabeza, y gracias a este distintivo todos adivinaron que se trataba de un sacerdote del dios Apolo.

—¡Hijos de Zeus! —les dijo el sacerdote—. Que los dioses del Olimpo os ayuden a conquistar Troya y os guíen en el retorno a vuestra patria. Me llamo Crises, y cuando desembarcasteis en Crisa, mi tierra, os llevasteis a la hija que tengo, Criseida. Os ruego que me la devolváis a cambio de unos buenos regalos que os traigo. Así cumpliréis los deseos de Apolo, el dios magnánimo que lanza flechas implacables.

Las primeras voces de los soldados fueron acalladas por el rugido de Agamenón, que ya se acercaba hecho una furia.

—¡Maldito viejo! —le dijo al sacerdote—. ¡Fuera de aquí! Si te vuelvo a ver cerca de nuestras naves, ni tu dios falto de habilidad podrá salvarte de un buen escarmiento. Tu hija Criseida es un botín de guerra. Me pertenece a mí, a Agamenón, caudillo de todas las

tropas que ves, y puedes estar seguro de que envejecerá en mi palacio de Argos trabajando sin parar en el telar. ¡Vamos, fuera de aquí!

Afligido, el sacerdote supo que la mirada encendida de Agamenón quemaba cualquier esperanza de poder recuperar a su hija cautiva. Así pues, cabizbajo, dio media vuelta a la carreta y se alejó en silencio. Poco después, cuando ya nadie pudo verle ni escucharle, miró al cielo y con los brazos extendidos exclamó:

—¡Apolo, escucha mi súplica! Soy sacerdote y servidor tuyo, y los griegos nos han ofendido como nunca hubiese imaginado. De ti han dicho que eres un dios falto de habilidad, y yo, por querer recuperar a mi hija, tan solo he recibido insultos y amenazas. Por tal motivo te ruego que los castigues con tu arco de plata que lanza flechas mortales.

La súplica del sacerdote no tardó en llegar a las estancias del Olimpo. El dios Apolo fue rápidamente informado. Tan pronto como supo que en los campamentos griegos que asediaban Troya habían cuestionado su habilidad, sintió que le hervía la sangre y, sin dudarlo, se armó con su arco y su carcaj y descendió como un rayo. A continuación se situó en unas rocas, lejos de las naves, y armó el arco.

—Así que soy un dios falto de habilidad, ¿eh? —murmuró enfurecido—. Muy bien, pues ahora comprobaremos cuál es el estado de mi habilidad.